

PARTE I

CULTURA, ECONOMIA E INDUSTRIAS CULTURALES

1. ENTRE LA REALIDAD Y LOS SUEÑOS

Cultura es todo aquello que media entre la realidad y los sueños.

Edgard MORIN

–Sobre el concepto “cultura”

Una primera aproximación al estudio de las industrias culturales puede ser la de intentar definir, aunque sea en sus rasgos más generales y visibles, el concepto de “cultura”, ya que, aunque el propio diccionario de la Real Academia Española explica dicho término como “*conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época o grupo social*”,² la historia del mismo es tan antigua como la del hombre mismo.

A pesar de esto, la palabra “cultura” recién fue incorporada a las Constituciones nacionales de la mayor parte de los países latinoamericanos en las dos o tres últimas décadas, considerando que hasta entonces sólo la Constitución mexicana promulgada en Querétaro en 1917, incorporó ese término, en el contexto del proceso revolucionario que vivía entonces ese país. En el resto de América Latina, sólo a partir de los años 70 y 80 del siglo pasado, con la aparición de nuevas Constituciones en diversos países de América Latina, la cultura, al menos como término y como concepto, alcanzó reconocimiento constitucional.

No existe una definición relativamente precisa de lo que es cultura. O existen innumerables interpretaciones que, en su mayor parte remiten a valores, maneras de pensar y actuar de los hombres consigo mismos, con los otros hombres, con la naturaleza y el entorno, e incluso con los dioses. Desde una visión holística, cultura definiría en la actualidad todo aquello que expresa el pensamiento y el accionar de los hombres en su afán de convertir sus sueños en realidades más o menos tangibles.

Un diccionario francés de mediados del siglo XVII, en plena decadencia de la monarquía absoluta, restringía, en cambio, el significado de la cultura a sólo dos privilegiados campos simbólicos: el de las bellas

² Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Espasa Calpe, Madrid, 1998.

artes y el del patrimonio histórico (*cultura des arts, de son esprit*) identificándolos con la labor de algunos no menos privilegiados artistas a favor del tiempo de ocio de los dueños del poder o de los beneficiarios del mismo, fuera aquel monárquico, eclesiástico o económico. Con la idea de una cultura de "alto nivel" reservada para pequeños círculos, nacieron así instituciones afines junto con un sistema educativo pensado para las capas aristocráticas, en una época donde la idea de instrucción pública generalizada –o de disfrute de las artes y el espíritu– hubiera resultado inconcebible.

De ese modo, la cultura cimentó el sentido de proyectos de los Estados-nación y animó las construcciones de las identidades de cada nación o de cada comunidad. Identidades culturales entendidas como construcciones imaginarias e históricas que devienen del intercambio simbólico de los individuos con su hábitat y su memoria, así como con otras culturas.

Para E. B. Tylor, uno de los primeros antropólogos, el término "cultura" definía, en 1871, "*aquel conjunto complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, las leyes, las costumbres y cualquier otra aptitud y hábito adquirido por el hombre como miembro de la sociedad*"³. Una definición que se repite en términos parecidos en nuestros días, por ejemplo, en conocidos investigadores, como el australiano David Throsby, para quien también la cultura se resume en "*un conjunto de actitudes, creencias, convenciones, costumbres, valores y prácticas comunes o compartidas por un determinado grupo social*".⁴

El término "cultura" representó durante mucho tiempo, para diversos antropólogos y filósofos, una manera de delimitar los campos de todo lo creado por el hombre y aquello que corresponde a la existencia intrínseca de la naturaleza. Para Néstor García Canclini, esta manera demasiado simple y extensa de definir la cultura "*como todo lo que no es naturaleza, sirvió para distinguir lo cultural de lo biológico o genético y superar formas primarias del etnocentrismo (...) La consecuencia política de esta definición fue el relativismo cultural: admitir que cada cultura tiene derecho a darse sus propias formas de organización y estilos de vida*".⁵

El capitalismo y la democracia burguesa clásica que sustituyó a la monarquía se ocupó de aceptar la ampliación del término "cultura" a otros campos promoviendo, con recursos procedentes de la explotación social

³ E. B. Tylor, *Cultura primitiva*, Ayuso, Madrid, 1971.

⁴ David Throsby, *Economy and culture*, Cambridge University Press, 2001.

⁵ Néstor García Canclini, *Diferentes, desiguales y desconectados*, Gedisa, Barcelona, 2004.

dentro o fuera de sus territorios, el desarrollo de instituciones congruentes con el crecimiento de la industria y la economía, el cual exigía de grandes infraestructuras urbanas, y éstas, a su vez, de ostentosos centros de preservación del patrimonio (grandes museos y bibliotecas con las obras de los menos grandes literatos, pensadores y artistas plásticos) o de amplios teatros y escenarios para el disfrute de las artes musicales y escénicas, en los que se jerarquizaba la llamada "alta cultura", a la que se podía acceder únicamente tras denodados esfuerzos cuando no se formaba parte de la misma.

Las artes, las ciencias y los libros fueron para esta cosmovisión, las formas más altas de cultura: la cultura "superior" o "civilizada", que marcaba los parámetros del desarrollo de un pueblo o de una comunidad, reduciendo a la categoría de cultura "inferior" o de "subcultura" lo que no coincidiera con tales parámetros.

Con el desarrollo de los estudios antropológicos del siglo XIX, la palabra "cultura" comenzó a dejar lugar al término "culturas", partiendo del reconocimiento de la diversidad, junto con el de la imposibilidad de juzgar a una cultura en particular, con los parámetros estrictos de otra. Cambio sin duda revolucionario, que no puso fin al etnocentrismo, pero que al menos lo obligó a vestirse con nuevos ropajes, tal como es fácil advertirlo en nuestros días, apenas se abren las páginas de un diario o se enciende la pantalla del televisor. Pero lo cierto es que, pese a todo, el concepto "cultura" comenzó a sobrepasar en el escenario internacional el acotado espacio de las ciencias y las artes y a extenderse sobre muchos otros campos de la existencia humana.

Este reconocimiento de la existencia de diversas culturas, desarrollado inicialmente por la sociología y la antropología del siglo XIX, contribuyó a legitimar los proyectos históricos de la construcción de los Estados nacionales y a entender también la cultura como identidad diferenciada respecto de otras identidades y culturas, con las que se producen intercambios de distinto tipo. No se trata ya de una cultura cerrada sobre sí a manera de castillo feudal o de viejo monasterio, sino que forma parte de las relaciones económicas internacionales propias del naciente capitalismo industrial, las que junto con la compraventa de mercancías incorporan bienes y servicios –también de carácter simbólico– que tienen que ver con el desarrollo civilizatorio y el conocimiento.

"A diferencia de la 'paideia' griega y el 'cultus anima' de los latinos, donde el sentido de la cultura es armonizarse o cultivar una naturaleza dada de antemano, la noción predominante de cultura en la modernidad considera que ésta nos independiza de la naturaleza animal para configurar lo verdaderamente humano. Se trata de ver que, gracias a la cultura,

se supere el 'animalitas' para llegar al 'humanitas'. La cultura moderna es el cultivo de la espiritualidad humana; la cultura en la modernidad es el camino hacia la humanización".⁶

Pero este camino hacia la humanización que ha impreso sus poderosas huellas en el pasado, lo ha hecho de manera diferenciada según los distintos contextos sociales y territoriales y, por ende, puede reconocer múltiples significados, coincidentes en cuanto a lo de humanización, pero diversos a partir de los contextos en que ellos se manifiestan. "*Se hace camino al andar*" dicen los versos del poeta Machado, pero también el caminante tiene en cuenta lo que dejó atrás. Más aún, se alimenta de ello o lo borra de su memoria, según el destino que emprenda. Es el destino o la finalidad deseada, lo que hará valorizar u omitir el lugar o contexto del cual proviene.

Tal como sostiene Canclini, la cultura no sólo es un proceso sino que abarca el conjunto de los procesos sociales de significación, o de un modo más complejo, "*la cultura abarca el conjunto de procesos sociales de producción, circulación y consumo de la significación en la vida nacional (...) Se presenta como procesos sociales, y parte de la dificultad de hablar de ella deriva de que se produce, circula y se consume en la historia social. No es algo que aparezca siempre de la misma manera*".⁷

Por ello, la cultura al igual que la identidad, dejan de *ser* para afirmarse como un permanente *estar siendo*, fruto del entrecruzamiento de culturas diferenciadas o de algunos de sus componentes. Como parte constitutiva y cemento de la vida de las comunidades y los pueblos, culturas e identidades viven y crecen en constante movimiento y transformación, no sólo por razones endógenas propias de sus proyectos y experiencias de superación, sino también por las que surgen –hoy más que nunca– de los intercambios entre las diversas culturas. O de lo que ha ido conociéndose como fenómeno de "interculturalidad". En este sentido, como sostiene Jesús Martín Barbero: "*La única manera de defender la identidad es transformándola. Cualquier tipo de barrera ortopédica es suicida*".

Contactos que tienen su origen en los inicios mismos de la historia de la humanidad y que, cabe recordarlo, no siempre fueron beneficiosos por igual para todos. Antes bien, dieron más poder al que más poder tenía y antes que instalarse en término de reciprocidad o de doble vía, fueron efectuadas habitualmente en sentido único. "*Con frecuencia, el contacto*

⁶ Sergio de Zubiría Samper, Ignacio Abello Trujillo y Marta Tabares, *Conceptos básicos de animación y gestión cultural*, OEI, Madrid, 2001.

⁷ Néstor García Canclini, *Diferentes...* Ob. cit.

cultural ha sido el subproducto de enfrentamientos militares y ha estado asociado a la violencia, al pillaje, a la guerra, a la esclavitud, a la conquista, al colonialismo y al imperialismo (...) Ha llevado al genocidio y, con mucha frecuencia, ha dado lugar a la destrucción de las estructuras sociales preexistentes y del sistema de creencias que las sustentaba. Históricamente, la globalización ha tenido, a menudo, un efecto devastador".⁸

Tales contactos culturales, dominados más por la imposición, ayer de las guerras y hoy, además, de la hegemonía de los más poderosos sobre las nuevas tecnologías de información y comunicación, no representan verdaderos y democráticos intercambios culturales, pero inciden poderosamente en los imaginarios colectivos propios del "estar siendo" de cada comunidad y de cada nación. Además, desde hace siglos, encontraron formas de legitimación para construir sistemas de pensamiento acordes con los propósitos referidos.

A partir de 1970 se sucedieron distintas conferencias intergubernamentales destinadas a debatir las políticas culturales de la época, lo cual obligó a quienes participaban de las mismas a llegar a algún tipo de acuerdo para definir el significado del término "cultura".

En la primera de tales conferencias (Venecia, 1970), se extendió dicho concepto a los diversos campos de la vida de las comunidades y los pueblos, considerándose fundamental contemplar el desarrollo cultural en sus interacciones con el desarrollo económico y social. Quedaba atrás el estrecho sector de las artes y las ciencias como dominio de la cultura, para abrir éste a la educación y a la democratización de la cultura. *"Especialmente desde el punto de vista del acceso de las poblaciones a la vida cultural y de su participación en ella, a la protección, desarrollo y difusión de las culturas nacionales, a la creación y la comunicación audiovisuales, así como las cuestiones de orden institucional, financiero, presupuestario, administrativo y humano, relacionadas con la acción cultural"*.⁹

La segunda conferencia de ese carácter, efectuada en Helsinki en 1972, amplió esos conceptos, al establecer que *"la cultura no es solamente la acumulación de obras y conocimientos que una elite produce, recoge y conserva para ofrecerla después, o que un pueblo rico en su pasado y patrimonio ofrezca a otros. La cultura no se limita al acceso a las obras de arte y humanidades, sino a la adquisición de conocimientos, la exigencia en las formas de vivir, la necesidad de comunicación. No es*

⁸ UNESCO, *Informe mundial sobre la cultura*, UNESCO/Acento Editorial/Fundación Santa María, Madrid, 1999.

⁹ UNESCO, *Problemas y perspectivas*, CLT-82/MONDIACULT/LT/3, México, 1982.

un territorio a conquistar o a poseer, es una forma de comportarse en relación consigo mismo, con sus semejantes, con la naturaleza”.

A estos conceptos no tardó en agregarse el tema de la diversidad y de las identidades culturales nacionales. De ese modo, en la Declaración adoptada por la Conferencia Mundial sobre Políticas Culturales (MONDIACULT), celebrada en la ciudad de México en 1982, se acordó lo siguiente: *“Cada cultura representa un conjunto de valores único e irremplazable, ya que las tradiciones y formas de expresión de cada pueblo constituyen su manera más lograda de estar presente en el mundo. La afirmación de la identidad cultural contribuye, por ello, a la liberación de los pueblos. Por el contrario, cualquier forma de dominación niega o deteriora dicha identidad. La identidad cultural es una riqueza que dinamiza las posibilidades de realización de la especie humana, al movilizar a cada pueblo y a cada grupo a nutrirse de su pasado y acoger los aportes externos compatibles con su idiosincrasia y continuar así el proceso de su propia creación. Todas las culturas forman parte del patrimonio común de la humanidad. La identidad cultural de un pueblo se renueva y enriquece en contacto con las tradiciones y valores de los demás. La cultura es diálogo, intercambio de ideas y experiencias, apreciación de otros valores y tradiciones, se agota y muere en el aislamiento. Lo universal no puede postularse en abstracto por ninguna cultura en particular, surge de la experiencia de todos los pueblos del mundo, cada uno de los cuales afirma su identidad. Identidad cultural y diversidad cultural son indisociables”.*¹⁰

En suma, se trata de reconocer el principio de “diversidad cultural”, como parte del desarrollo de la cultura en el planeta y del diálogo universal entre los pueblos. La diversidad cultural se manifiesta como la expresión positiva de un objetivo general que se debe conseguir y que es el de la valoración y el apoyo a todas las culturas del mundo frente a los riesgos de un mundo uniforme. *“Del mismo modo que la biodiversidad –es decir, la inmensa variedad de formas de vida desarrolladas durante millones de años– es indispensable para la supervivencia de los ecosistemas naturales, los ‘ecosistemas culturales’, compuestos por un complejo mosaico de culturas, necesitan de la diversidad para preservar su valioso patrimonio en beneficio de las generaciones futuras”.*¹¹

Relaciones éstas, las de la naturaleza y la cultura, que fueron reconocidas internacionalmente por primera vez, en 1992, en el informe “Nues-

¹⁰ MONDIACULT, *Declaración de México sobre las Políticas Culturales*, México, agosto 1982.

¹¹ CERLALC/UNESCO, *Cultura, comercio y globalización*, 2000.

tra Diversidad Creativa", de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo creada por las Naciones Unidas y la UNESCO.

Estas definiciones no agotan, sin embargo, el debate sobre el concepto de cultura; particularmente, cuando el mismo debe ser revisado a la luz de los cambios operados en el siglo XX con el desarrollo científico y tecnológico, con la urbanización creciente de las regiones periféricas y las nuevas configuraciones que aparecen en la llamada sociedad de masas.

Estos cambios indujeron inicialmente a una visión fatalista que suponía la degeneración o el fin del arte y la cultura humanistas y que enfrentaba drásticamente los términos "creación artística" y "economía e industria", planteando la necesidad de preservar la "alta cultura". Desde pensadores de origen marxista hasta otros radical-conservadores, el enfrentamiento a los medios masivos predominó durante varias décadas, sirviendo a memorables debates dentro del campo académico internacional. Si los teóricos de la Escuela de Frankfurt (Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, en particular) habían denostado los nuevos medios de reproducción de las obras culturales, otro tanto harían, desde una posición ideológica aparentemente contraria, teóricos conservadores como el norteamericano Dwight MacDonald, quien afirmaba: "*Durante casi dos siglos la cultura occidental ha representado en realidad a dos culturas: una de tipo tradicional, a la que llamaremos Cultura Superior, producida por los libros de texto, y otra, narrativa, fabricada para el mercado. A esta última se la puede definir como Cultura de Masas, o mejor todavía como Masscult, dado que, en rigor, no se trata de una cultura. La Masscult es una parodia de la Cultura Superior*".¹²

Sin embargo, los adelantos introducidos en la comunicación social, convertida en una verdadera industria de la comunicación –prensa, radio, televisión, agencias informativas, etcétera– permitieron la promoción y difusión de los bienes y servicios culturales a niveles nunca vistos en la historia, facilitando la circulación nacional e internacional de los mismos. Artes, información y conocimiento, comenzaron a ser reprocesados por las industrias culturales y de la comunicación, con lo cual vuelve a replantearse, como en otras tantas oportunidades, el concepto de "cultura".

La aparición y consolidación de la cultura de masas en sustitución de la cultura popular tradicional, acompañada de un mayor desarrollo de la alta cultura, han transformado la aprehensión del concepto, tal como lo

¹² Daniel Bell y otros, *Industria cultural y sociedad de masas*, Monte Avila, Caracas, 1985.

destaca el investigador español Lluís Bonet. *“El movimiento histórico que conduce a la sociedad de masas y que nace del desarrollo industrial, económico y democrático occidental relacionado con la revolución industrial, facilita la utilización de la cultura como instrumento de progreso en la escala social y como símbolo de distinción social. Pero la oposición actual no es entre la cultura tradicional y alta cultura, es entre alta cultura y cultura de masas; en resumen, entre la herencia de la cultura clásica (transmitida por la tradición intelectual y de producción fundamentalmente artesanal) y la producción y difusión de bienes y servicios que ofrecen la industria de la cultura y el ocio (difundida masivamente y producida en circuitos industrializados). La cultura destinada a ser consumida como los otros productos de consumo”*.¹³

–Economía Cultural y Economía de la Cultura

Los estudios de las relaciones entre economía y cultura se diferencian según el tema que se desea privilegiar y aquel que se limita a servir de referencia o contexto. Así, puede elegirse como objeto de análisis la incidencia de la cultura en la economía, o bien el impacto de esta última sobre la primera. En uno y en otro caso el sujeto principal del estudio relegará al otro a simple campo referencial en el que se verificarán los efectos de aquel.

El primero de esos enfoques, definido por algunos estudiosos como el que es propio de la Economía Cultural, se ocupa de analizar la incidencia de la cultura en la economía y el desarrollo y de evaluar las distintas expresiones y manifestaciones culturales de una comunidad o de una nación en el pensamiento y comportamiento económico de la misma. Dicho de otro modo, se ocupa de reconocer y analizar el carácter cultural de las prácticas económicas.

Según esta visión, el comportamiento económico varía de acuerdo con cada contexto cultural. *“Se intenta conocer las influencias que la cultura genera en la economía en una sociedad determinada, de modo de revisar el pensamiento económico para mejorar su capacidad de aprehender la realidad que estudia (...) Desde esta perspectiva podemos encontrar estudios sobre el rol de las organizaciones y las relaciones humanas, o sobre el consumo de productos simbólicos, así como revisiones de la conceptualización económica del valor cuando se consideran asun-*

¹³ Lluís Bonet Agustí, *Economía y cultura: Una reflexión clave en Latinoamérica*, Oficina Europea del Banco Interamericano de Desarrollo, Barcelona, 2001.

tos como el cuidado de las relaciones humanas, el género, el significado y la retórica, entre otros".¹⁴

En este sentido, algunos de los factores explicativos de los niveles de desarrollo económico de terminados espacios locales o nacionales, son producto de sus procesos culturales, tal como han comenzado a ser incorporados en las políticas de desarrollo por parte de distintos organismos internacionales y entidades de financiamiento. La eficiencia productiva, la distribución de los ingresos y los recursos y las formas organizativas de los emprendimientos productivos pueden estar condicionadas también por las distintas culturas.

Resulta claro entender la complejidad de estudios de este carácter, particularmente cuando se concibe a la cultura en su sentido más general y abarcativo. Ello entraña un gran desafío, aunque necesario de ser encarado cuando se trata de diseñar políticas de desarrollo económico y de desarrollo integral, que sean congruentes con la diversidad cultural y con el reconocimiento de las experiencias identitarias de cada espacio sociocultural a las cuales deberían servir precisamente dichas políticas.

El segundo de los enfoques referidos, que es el que enmarca el campo de estudio de nuestro trabajo, es el de la Economía de la Cultura, abocado a reunir y analizar información sobre el sector cultural a partir de comprender los rasgos principales de su dimensión económica y social. En este aspecto, pese a los interrogantes teóricos y prácticos que signan esta opción, el campo de estudio resulta más restringido y acotado, por cuanto se concentra en lo referente a producción, difusión y consumo de bienes y servicios culturales, que incluyen, en nuestra perspectiva, a los de la comunicación social.

Es en este punto donde se plantean también distintas opciones para encarar el estudio, atendiendo a las diversas formas de clasificación que establezcamos en el marco amplio de la cultura, y según los objetivos que se persigan con el mismo. Indicadores, cifras y estadísticas, no responden nunca a una selección inocente, sino que lo hacen para servir a finalidades de instrumentación claramente predeterminadas.

Los estudios de Economía de la Cultura son de fecha reciente. La teoría económica no incluyó en el pasado ningún interés especial por la cultura. Para algunas figuras centrales del pensamiento económico, la cultura, y dentro de ella la religión y las artes, no eran otra cosa que sectores improductivos de la economía. En consecuencia, ella sería más costo y subsidios que inversión y realización productiva.

¹⁴ División Cultura, *Impacto de la cultura en la economía chilena*, Ministerio de Educación-Convenio Andrés Bello, Santiago de Chile, 2001.

Tal como sostiene Jesús Prieto de Pedro: “Los prohombres de la economía no hicieron sino proseguir la visión de los padres fundadores –Adam Smith y David Ricardo, sin ir más lejos– que, si bien advirtieron los efectos externos de la inversión en las artes, no consideraban que éstas tuvieran capacidad de contribuir a la riqueza de la nación, ya que, pensaban, pertenecían al ámbito del ocio. Para ellos la cultura no era un sector productivo”.¹⁵

A principios del siglo XX, algunos países, como los de habla germánica, poseían ya una tradición en materia de estudios de economía aplicados al campo de las artes, como lo prueba el trabajo sobre *El arte y la economía*, aparecido en la revista alemana *Volkswirtschaftliche Blätter*, en 1910. Pasó más de medio siglo para que algunos economistas norteamericanos comenzaran a aproximarse al estudio de la Economía de la Cultura, indagando en los procesos de la creación, producción, distribución y consumo de bienes y servicios culturales. Tal vez, el punto de inicio de un creciente número de documentos y trabajos sobre el tema fue el aparecido en los Estados Unidos en 1966. Se trata del estudio *El dilema económico de las artes escénicas (Performing Arts: The Economic Dilemma)* de los investigadores Willian Baumol y Willian Bowen, encarado desde una visión restrictiva de la cultura y limitada entonces a lo que en la tradición anglosajona abarca el concepto de Artes, hermano de nuestro concepto de Alta Cultura.¹⁶

La obra estimuló trabajos semejantes en distintos ámbitos académicos, los que llevaron, en 1973, a la creación de la Association for Cultural Economics International (ACEI). Cuatro años después, en 1977, William Hendon, de la Universidad de Akron, fundó el *Journal of Cultural Economics*, que se convirtió en la publicación de referencia para la nueva subdisciplina de la Economía. A finales de esta década, se llevó a cabo, en Edimburgo, la primera Conferencia Internacional en Economía de la Cultura.¹⁷

Los primeros estudios se orientaron preferentemente a evaluar los efectos económicos de algunos servicios culturales –no ya de la cultura en general– en la economía y el empleo. Por ejemplo, el impacto de un festival de teatro en la economía de una ciudad, a partir de la confrontación entre costos y beneficios: gasto público y privado, impacto en la economía y el empleo local, etcétera.

¹⁵ Jesús Prieto de Pedro, *Cultura, economía y derecho: Tres conceptos implicados*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, 2002.

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ Boletín electrónico del Observatorio de Políticas Culturales, N° 10, 17-2-03, CONAC, Caracas.

El nacimiento de la Economía de la Cultura, inicialmente considerada como Economía de las Artes, llevó a su vez a las industrias culturales más poderosas a desarrollar también estudios sobre el tema, aunque de otro tipo, orientados preferentemente a evaluar, como en cualquiera otra actividad industrial y productiva, la mejor forma de reducir costos e incrementar la rentabilidad del capital.

Por su parte, los gobiernos sólo comenzaron a intervenir en este campo –con la lentitud que caracteriza al diseño de políticas culturales– después de las numerosas conferencias internacionales de los años 70, en los que comenzó a debatirse la relación de la cultura con la economía y el desarrollo en general. Las primeras informaciones, aparecidas como resultado de esos y otros estudios, tuvieron su primera repercusión pública en los años 80 y 90.

El primer estudio oficial que se realizó en Europa sobre este tema recién se llevó a cabo en 1984, para establecer la relevancia económica de las instituciones culturales de Zurich, y fue encomendado por el Parlamento de dicha ciudad con el propósito de “*justificar las subvenciones de la Opera, el Teatro Municipal, la Filarmónica y el Museo, desde un punto de vista económico*”. El análisis se centró en dos temas principales: el porcentaje de la subvención que volvía a las arcas del Estado, de manera directa o indirecta, y las influencias que tenían estas subvenciones sobre la economía y el sector privado. La primera conclusión de dicho estudio fue la siguiente: “*La investigación demuestra que las cuatro instituciones tienen, más allá de su relevancia cultural, una considerable importancia económica. Si bien dependen de la subvención estatal para llevar a cabo sus funciones, también es cierto que parte del dinero invertido en ellas vuelve al Estado y significa un notable impulso para la economía en general*”. Investigaciones que se hicieron en Alemania a partir de 1988 confirmaron la idea de que “*el arte y la cultura no son un gasto para el Estado y que la cultura es rentable*”.¹⁸

Más adelante, otros estudios realizados en otras partes del mundo fueron aún más allá, probando que la cultura no sólo era rentable para el sector privado, sino que el conjunto de sus actividades, producciones y servicios representaba una importante fuente de recursos para las propias finanzas del Estado.

En términos generales, los trabajos de investigación realizados en esa época pretendían, como lo siguen pretendiendo de alguna manera, cumplir con una finalidad instrumentalista, como es la de legitimar la exis-

¹⁸ Kathinka Dittrich van Weringh, *La cultura como factor económico*, ponencia presentada en Seminario Internacional del Instituto Goethe, Buenos Aires, 2001.

tencia o el incremento de los presupuestos públicos y privados para sostener las actividades culturales. Frente a lo cual apareció un pensamiento crítico dirigido a relativizar el valor efectivo de algunas de esas investigaciones. *“Los funcionarios culturales, internacionales o nacionales –observa el colombiano Jorge Orlando Melo– han encontrado de interés preguntarse por el peso de la cultura dentro de la actividad económica. El motivo parece ser no tanto analítico como pragmático: mostrar a los gobiernos que la cultura desempeña un papel importante en la vida económica, que genera empleos, que paga impuestos, que contribuye al equilibrio de la balanza de pagos, quizás con la esperanza secreta de que las autoridades económicas aumenten los presupuestos del sector. El arte y la cultura aparecen subordinados a la meta que importa a los políticos: la buena salud de la economía y, un poco a contrapelo de los que denuncian la subordinación de la cultura a los imperativos económicos, este argumento justifica la idea de que hay que medir el valor de la cultura en buena parte en términos de su función económica.”*¹⁹

A su vez, tal como señala el norteamericano George Yúdice, cuando poderosas instituciones como la Unión Europea, el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo, las principales fundaciones internacionales, comenzaron a percibir que la cultura constituía una esfera crucial para la inversión, se la trató cada vez más como cualquier otro recurso. *“El ‘recurso de la cultura’ aparece así como el primer motor de las industrias culturales y como un incentivo inagotable para las nuevas industrias que dependen de la propiedad intelectual. Por tanto, el concepto de recurso absorbe y anula las distinciones prevalecientes hasta ahora, entre la definición de alta cultura, la definición antropológica y la definición masiva de cultura. La alta cultura se torna un recurso para el desarrollo urbano en el museo contemporáneo (por ejemplo, el Guggenheim de Bilbao). Los rituales, las prácticas estéticas cotidianas tales como canciones, cuentos populares, cocina, costumbres y otros usos simbólicos, son movilizados también como recursos en el turismo y en la promoción de industrias que explotan el patrimonio cultural. Las industrias de la cultura masiva, sobre todo las concernientes al entretenimiento y a los derechos de autor, que han integrado progresiva y verticalmente la música, el filme, el video, la televisión, las revistas, la difusión satelital y por cable, son las que más contribuyen al producto bruto nacional de Estados Unidos.”*²⁰

¹⁹ Jorge Orlando Melo, *Economía, cultura y mecenazgo*, en *Economía y cultura: La tercera cara de la moneda*, Convenio Andrés Bello, Bogotá, 2001.

²⁰ George Yúdice, *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*, Gedisa, Barcelona, 2002.

Pero la cultura no es simplemente un factor de dinamización del crecimiento económico y del empleo, aunque este argumento sea fundamental para algunos funcionarios cuyas decisiones afectan los presupuestos del sector cultural. Lo es también, y fundamentalmente, para los procesos de integración nacional y regional, además de lo que puede significar para la identidad y el autorreconocimiento de los individuos y las sociedades, factores esenciales en la vida de las naciones. Lo que, en suma, hay detrás de los números son significados socialmente compartidos, huellas de imaginarios sociales que se recrean en la música, las imágenes, los objetos interactivos o los libros, sentidos aportados por las audiencias que se manifiestan en sus preferencias, en sus gustos y en sus usos. Son las líneas de nuestra identidad, de nuestra memoria en construcción, de nuestras expectativas.²¹

El estudio de la cultura en su dimensión e incidencia económica, constituye también, como sostiene Luis Stolovich, *"un gran desafío para la Ciencia Económica y para los diferentes marcos teóricos de la Economía. La Cultura, con sus innovaciones y con sus especificidades, no sólo exige elaborar un instrumental teórico y metodológico específico, lo cual ya de por sí es un desafío. Exige crecientemente un replanteamiento del pensamiento económico. Si estamos transitando hacia una 'economía de la información' o hacia una 'economía de la creatividad', desplazando al viejo mundo industrial de bienes tangibles por la producción de intangibles, ¿no habrá que replantearse muchas de las teorías y enfoques del pensamiento económico? En tal sentido, la Cultura es un desafío para la Economía. Más aún, cabe plantearse si la Economía, como ciencia, es capaz, por sí misma, de responder a estos desafíos"*.²²

Desafíos que, suponemos, habrán de ser asumidos a través de estudios interdisciplinarios, no tanto para una sumatoria de disciplinas con lógicas específicas y diferenciadas, como para construir marcos teóricos y metodológicos integrales y nuevos, a la altura del objeto de estudio. El que, además, comporta dimensiones tangibles –relativamente fáciles de analizar gracias a la lógica de la economía y la estadística– e intangibles que requieren de instrumentos de análisis más complejos, por cuanto demandan de enfoques sociales, psicosociales, antropológicos y culturales. Una dualidad de campos de estudio que obliga a construir nuevas herramientas de conocimiento.

²¹ Germán Rey, *La densidad de las relaciones entre economía y cultura*. www.cab.int.co.

²² Luis Stolovich, *Diversidad creativa y restricciones económicas. La perspectiva desde un pequeño país*, Universidad de la República - Asociación CULTUREC, Montevideo, 2002.

Sin pretender abordar ni mucho menos tales desafíos, podemos observar que, en términos generales, la cultura puede ser convencionalmente subdividida para el estudio de su dimensión económica en distintas categorías, acordes todas ellas con los propósitos que orienten su tratamiento. Así, por ejemplo, podríamos reunir en un mismo campo el conjunto de manifestaciones artísticas (artes escénicas, artes visuales, artes musicales), o bien las de las integrantes de la denominada “cultura popular” (folklore, fiestas religiosas, espectáculos, deportes, etcétera). También las de los medios de comunicación (prensa, radio, televisión, etcétera), o las llamadas nuevas tecnologías de la información y la comunicación (informática, Internet, telecomunicaciones, etcétera) que al igual que las anteriores pueden ser estudiadas en su globalidad, o de manera particularizada.

Además, estaríamos en condiciones de construir campos de análisis referidos a las finalidades de las diversas expresiones culturales, por ejemplo, las de la “cultura recreativa” (deportes, juegos, turismo, actividades del tiempo de ocio, etcétera); “cultura científica” (centros de investigación, observatorios, laboratorios, etcétera); “cultura educativa” (escuelas y actividades de educación formal e informal, asociaciones educativas, etcétera); “cultura social” (clubes barriales, asociaciones, cafés, bares, etcétera); “cultura política” (partidos políticos, instituciones legislativas, gobiernos nacionales y locales, etcétera); “cultura religiosa” (iglesias, templos, mezquitas, sinagogas, organizaciones religiosas, etcétera); “cultura ambiental” (parques, zonas protegidas, paseos públicos, barrios residenciales, etcétera); “cultura industrial” (diseño, modas, cosméticos, etcétera); “cultura generacional” (adolescencia, juventud, tercera edad, etcétera); “cultura étnica” (rural, urbana, indígena, etcétera). En todas estas subdivisiones pueden plantearse distintos enfoques científicos (sociológico, antropológico, político, estético, semiológico, etcétera), entre los cuales figura el de carácter económico.

Aceptando inclusive la idea de acotar los campos de estudio, aparece aún la dificultad de establecer términos o definiciones comunes, de alcance general, para delimitarlos claramente. Bonet observa, en ese sentido, que en los países anglosajones, por ejemplo, *Arts and Culture*, son dos términos que forman un mismo concepto, cuyo significado alude al fenómeno de la creatividad literaria, y de las artes visuales y escénicas. De esta forma, estos sectores artísticos, juntamente con la conservación del patrimonio, son los que han confirmado tradicionalmente el mundo de la “Alta Cultura”. A ello se agrega también, como ejemplo, que en los Estados Unidos, los productos de la industria fonográfica y audiovisual –integrantes, con el *software*, de la poderosa “industria del *copyright*”– no for-

man parte del campo reservado a la cultura y las artes, por lo cual no tienen derecho alguno a recibir subvenciones gubernamentales, pues se incluyen en el sector del entretenimiento y los espectáculos: el mundo del *show business*. Solamente en medios académicos se ha empezado a utilizar, desde fines de los años 90, el nuevo término de *Arts Sector*.²³

La necesidad de homogeneizar definiciones y conceptos en torno a la cultura y a sus variadas dimensiones y campos –que incluye también el campo de los indicadores estadísticos– tiene muy pocas décadas de vida. En este sentido, las carencias existentes aún en materia académica y de políticas públicas para tratar con un lenguaje común estos temas, nos remite de algún modo a las que existían hace más de medio siglo cuando comenzó a perfilarse la idea del turismo como “industria sin chimeneas”. Allí, también, junto con la necesidad de articular industrias, servicios y actividades muy diversas (construcción, comunicaciones, hotelería, alimentación, transportes, patrimonio cultural, paisaje, etcétera), se hizo obligatorio comenzar a establecer definiciones, conceptos, indicadores, datos y estadísticas, comprensibles para todos, sin lo cual la actividad turística mundial, regional o nacional, no hubiese podido alcanzar el nivel de desarrollo que actualmente tiene.

–Los campos de la cultura: actividades, servicios e industrias culturales

El tradicional espacio de la Cultura –regulado o fomentado habitualmente por los organismos estatales a cargo del tema– abarca en nuestros países diversos campos complementarios, entre los que destacamos, tal vez arbitrariamente, el sector que los agrupa en la forma de actividades, servicios e industrias culturales.

Para el Ministerio de Cultura de España, “*en las actividades, cabe destacar aquellas que pueden ser programadas o improvisadas, permanentes o episódicas, a cargo de sectores de la propia población*”.²⁴ Dentro de este rubro, podríamos incluir aquellas que organizan diversos grupos sociales (religiosos, sindicales, culturales, etcétera) y que se expresan en fiestas y celebraciones populares, eventos culturales (foros, seminarios, etcétera), juegos y entretenimientos populares, prácticas gimnásticas y deportivas, paseos guiados, promoción sociocultural con niños o ancianos, etcétera.

²³ Lluís Bonet, *Opciones de política cultural e instrumentos de análisis económico*, Universidad de Barcelona, 2000.

²⁴ Ministerio de Cultura, *La cultura en cifras*, Madrid, 1996.

A su vez, el sector de servicios culturales comprende todas las prestaciones que pueden brindar determinadas instituciones para el disfrute o la utilización de ciertos bienes culturales y comunicacionales. Estos servicios no son privativos del sector estatal, sino que pueden ser ejercidos, además, por el sector privado, valiéndose en algunos casos de fórmulas de mecenazgo, esponsorio y patrocinio y, en otros, de carácter asociativo con el propio Estado. Su característica principal está dada por una finalidad predominante de desarrollo cultural y por poner, de manera directa con el público, creaciones, investigaciones, testimonios, documentos, patrimonios, ejecuciones o infraestructuras culturales.

Cabe observar, sin embargo, la existencia de un profundo debate para tipificar el área de servicios culturales, cuando ellos están referidos al comercio internacional, como sucede en el marco de la Organización Mundial de Comercio (OMC). Así, por ejemplo, para la política norteamericana, estos servicios deberían incluir también los relacionados con la circulación de bienes de la industria audiovisual (exhibición de películas y videos, emisiones radiales y televisivas, operación de televisión por cable y satélite, doblaje y servicios a la producción y a la postproducción, etcétera). Posición ésta fuertemente resistida por las naciones que han adoptado los principios de "excepción cultural" y "diversidad cultural" —entre las que predomina la Unión Europea, secundada por numerosos países, entre ellos el nuestro— para mantener políticas proteccionistas sobre la producción y la difusión de películas, cuotas de pantalla para los productos nacionales, convenios regionales de mercado común y de coproducción, etcétera.²⁵

Este debate traduce la fuerte competencia internacional de quienes se proponen globalizar la comercialización de sus productos culturales y los que reivindican el principio de "diversidad cultural" para preservar su patrimonio en beneficio de la cultura nacional. Un conflicto que se mantie-

²⁵ Gracias a las exenciones dispuestas, las políticas gubernamentales del viejo continente pudieron mantener el apoyo al sector audiovisual (cuotas de difusión en televisión y radio), ayudas financieras a la producción y distribución (como los programas MEDIA), acuerdos de coproducción y convenios regionales, como Euroimágenes o la Directiva de Televisión Sin Fronteras. En la última reunión del GATT en 1994 —fecha en que ese organismo desapareció para permitir la creación de la OMC un año después— se incluyó una cláusula especial relativa a películas cinematográficas que permitió incluir cuotas de pantalla, exigiendo la exhibición de un mínimo de películas de producción nacional, así como del mantenimiento de una excepción general para aquellas medidas destinadas a proteger "tesoros nacionales de valor artístico, histórico o arqueológico". (CERLALC-UNESCO, *Cultura, comercio y globalización*, 2000).

ne más vivo que nunca y que a la vez expresa la voluntad de la mayor parte de las naciones de lograr el reconocimiento de sus propias culturas, frente a los riesgos de uniformización y estandarización que son inherentes al proyecto de lo que algunos han bautizado como *macdonalización* de la cultura.

Lo cierto es que no existe hasta ahora un único sistema que se base en definiciones consensuadas para describir los servicios culturales que se realizan y se comercian. Situación que se complica todavía más con la aparición de nuevos bienes disponibles en las nuevas tecnologías, como Internet (libros, películas, música, documentos, etcétera), sin habiar ya de los que prestan las compañías de telecomunicaciones y de agencias de publicidad, información y prensa. Un creciente campo de entrecruzamientos técnico-culturales que dificulta o impide describir la naturaleza de tales servicios y establecer reglas consensuadas para sus relaciones e intercambios.²⁶

En suma, la elección del rubro de las IC como tema de estudio en este trabajo, no implica ignorar u omitir la enorme significación que tiene la cultura, tanto en su dimensión más general y holística como en la que es propia de los sectores de actividades y servicios tradicionales, sean ellos públicos, privados o sociales, los cuales merecen sin duda análisis precisos de sus aspectos cualitativos y cuantitativos, más necesarios aún si se tiene en cuenta la visible carencia de este tipo de estudios en nuestro país.

En la elección del campo de las IC incluimos también a los medios de comunicación, pese a que autores como Françoise Benhamou los incluyan en las "industrias del acontecimiento y de la información" para distinguirlos de las industrias productoras de bienes y servicios culturales²⁷, y otros, como David Throsby, señale que la característica de estos medios es producir bienes culturales y no culturales, uno al lado del otro.²⁸ Tales observaciones no niegan, sin embargo, la incidencia cultural y simultánea de estos medios, sin contar las crecientes sinergias culturales, industriales y económicas que fundamentan la existencia de un sistema de relaciones interactivas entre unos y otros, cada vez más integral y articulado a escala nacional e internacional en el campo de las IC.

²⁶ CERLALC-UNESCO, *Cultura...* Ob. cit.

²⁷ Françoise Benhamou, *La economía de la cultura*, Trilce, Montevideo, 1997.

²⁸ David Throsby, *Economía y cultura*, Cambridge University Press, Madrid, 2001.